

## EN RECUERDO DE LUIS SAYE SEMPERE\*

PEDRO DOMINGO SANJUAN

El año de 1930 el Profesor Luis Sayé Sempere era uno de los más internacionales de nuestros médicos científicos. Tanto en Europa como en América Latina o en los Estados Unidos de Norteamérica, a los médicos que viajábamos para concurrir a los distintos congresos médicos internacionales se nos preguntaba ordinariamente por Sayé, por sus actividades, por su vida. Pues sus afanes por adentrarse en el problema clínico, científico y social de la tuberculosis de aquella época, trascendía destacadamente a todos los sectores de la medicina mundial.

El Dr. Luis Sayé procedía del núcleo correspondiente a la burguesía catalana de finales del siglo pasado. De los que el año de 1888, el de su nacimiento, realizaron la Primera Exposición Internacional de Barcelona, que fue claro exponente de su empuje vital. Sayé nació en un piso del Paseo de Gracia, entre la calle de la Diputación y la del Consejo de Ciento. Su padre, Pedro Sayé, y su hermano mayor murieron los dos de tuberculosis, lo cual cam-

bió el signo de la familia y mostró el empuje de su madre, a la que Sayé adoraba.

Su primera formación escolar tuvo lugar en el Liceo Políglota, estudiando a continuación medicina en la Facultad de Medicina de Barcelona. Muchacho de carácter avisado, contaba entre los que con facilidad se insurreccionaban para combatir contra aquellas cosas que consideraban injustas o poco serias. Pero, en igual forma, se adaptaba a la disciplina que había de facilitarle alcanzar intereses o conocimientos considerados substanciales. Así aprendió bien idiomas, principalmente francés, inglés y alemán, además del catalán y el castellano. Su italiano era más bien fruto de sus aficiones liceísticas, entrevisto a través de las grandes compañías de ópera italiana que cada temporada llenaban los carteles de la Rambla. Era gran lector de Medicina y conocedor de la literatura universal clásica y contemporánea. Hombre muy ordenado, sabía componer sus archivos para extraer de ellos, en el momento

\* Evocación leída en la sesión de gobierno del 16-VII-75.

oportuno, los antecedentes necesarios para complementar sus pensamientos.

En sus estudios médicos fue más pronto un autodidacta que supo siempre ligar lo nuevo a lo fundamental. Así, al ascender profesionalmente, la fisiología y la patología general fueron las bases en que asentó la especialización fisiológica que iba adquiriendo. Pronto fue Profesor Auxiliar de Patología General.

Personalmente conocí a Sayé en una presentación que, en plena Rambla, a la salida de una sesión celebrada en la «Acadèmia i Laboratori de Ciències Mèdiques de Catalunya» me hizo el Profesor Pedro Nubiola. «Doctor Sayé —le gritó Nubiola deteniéndole—, le presento al señor Pedro Domingo, que acaba de ser nombrado Alumno Interno, con destino en el Laboratorio de Obstetricia de la Facultad.» «Muy bien —respondió. Y a renglón seguido me preguntó—: ¿Ha visto la exposición conjunta radiográfica y anatómica que he reunido en los bajos de la Cátedra?» «No —le contesté—. Pensaba ir a visitarla mañana por la mañana.» «Pues yo estaré allí y se la mostraré. ¡Hasta mañana! No se olvide.» Y con estas palabras se perdió entre el gentío de la Rambla de Canaletas... Pero Nubiola, me comentó aún: «Es como un fraile, gran cumplidor de todas las liturgias científicas más estrictas, que tiene por convento a la Facultad y a las Ramblas...».

Al día siguiente por la mañana fui a ver la exposición anunciada e intenté hacerlo aprovechando la escasa luz natural del local en que la misma tenía lugar. Cuando, de pronto, se encendieron todas las luces y como una aparición se hizo evidente la presencia de Sayé. «Le estaba esperando», me dijo. A seguido me mostró unos recipientes rectangulares de vidrio conteniendo diversas piezas patológicas constituidas por pulmones de tuberculosos. Cada pieza, adecuadamente cortada y conservada estaba acompañada de sus correspondientes radiografías y aclarada la comparación mediante unos dibujos en forma de esquemas... «Mire, este conjunto de infiltrados redondos, unos en la luz de bronquios y otros en pleno vaso. Es natural que, en su evolución, den lugar a consecuencias muy diversas. Este se abrirá en un bronquio y sus productos serán expulsados al exterior sin mayores consecuencias... Pero éste, y éste, y este otro, se abrirán en la luz de un vaso y producirán una complicación extraordinariamente grave... Mire las sucesivas radiografías de este infiltrado en un sujeto marcadamente alérgico a la tuberculina. En tal condición, la ulterior evolución determinará una ulceración o una necrosis seguida de caverna, cosa que podía predecirse con gran seguridad...» Y así siguió, en un entusiasmo que se contagiaba, durante más de tres horas. Por aquella virtud comprendí la admiración que el Profesor Nubiola le te-

nía, la cual estaba ligada a las virtudes de investigador, observador clínico minucioso y condiciones de hombre de ciencia, que Sayé tenía.

A continuación de este primer encuentro seguí viendo a Sayé, siempre atareado y apasionado por su quehacer. Nos encontrábamos en las reuniones de la «Societat Catalana de Biologia» que entonces se denominaba «Societat de Biologia de Barcelona», a las cuales concurrían, ordinariamente, Nubiola, Augusto Pi i Sunyer y todos sus ayudantes: Carrasco, Formiguera, Puche, Cervera, Bellido, Turró con González, Dalmau y conmigo, y muchos otros que luego fueron personalidades de nuestra Ciencia. Yo comencé a seguir a Sayé, además, asistiendo a las conferencias que, de vez en cuando, daba en la «Acadèmia i Laboratori de Ciències Mèdiques de Catalunya». Pero él, más respetuoso con su tiempo y sus afanes de especialización, de dar lo suyo y no coger lo de nadie, dudo que tuviera igual interés por mis iniciales trabajos.

El día 5 de mayo de 1920 la «Comissió de Sanitat de la Mancomunitat de Catalunya» había creado un «Servei d'Estudis Sanitaris» organizado con el decidido propósito de colaborar con la Sanidad Nacional, pero sin interferirla ni establecer competencias con ella, la cual en aquellos momentos se comprendía más como órgano de vigilancia y castigo que como elemento ordenador de las posibilidades del país en beneficio de la salud pública y del

progreso sanitario. Aquel «Servicio de Estudios Sanitarios» tuvo como Director al Dr. Gustavo Pittaluga, de origen y formación italiana, y como Secretario Permanente y Subdirector al Dr. Luis Sayé. Todos ellos, ayudados por la incansable vocación administrativa del Dr. Serra Rabert. Pero, ya antes de que tal «Servicio» iniciara sus funciones, tuvo una pérdida humana irreparable al fallecer el Dr. Manuel Dalmau, víctima de la epidemia de gripe del año 1918. Tales «Estudios» se iniciaron por el paludismo y siguieron con la tuberculosis, en el «Servei d'Assistència Social al tuberculós de Catalunya» instalado en la calle de Ràdas del populoso barrio del Paral·lelo, en 1921.

Sayé y sus colaboradores Seix, March, Salvat y otros, convirtieron aquel centro de trabajo en el lugar que irradió la más luminosa luz del progreso fisiológico hispánico. No fue cosa fácil, pues la inquietud de Sayé no estaba siempre armonizada con los elementos que habían de ser puestos en juego. Pero entre Sayé y Luis Sert, como arquitecto, fueron formando los esquemas de estructura que había de tener un nuevo «Centró de Lucha antituberculosa», y con los médicos que le acompañaron, cual habría de ser su forma de funcionamiento para que las labores se complementaran sin interferirse. Y así fue forjándose en el tiempo el «Dispensario Central» que hoy tiene el nombre de «Dispensario Luis Sayé», ubicado en la calle

de Torres Amat, inaugurado lejamente.

En el año 1925, aportación sobre aportación, conferencia tras conferencia, Sayé tenía informados a los interesados en el problema de la tuberculosis, sobre cuál era la marcha que en el mundo iba siguiendo tal problema. Cuando, un día, apareció, respaldado con los nombres de un ilustre veterinario, el Profesor Ravetllat, y de un connotado médico barcelonés, el Dr. Plá y Armengol, un trabajo sobre patogenia de la tuberculosis, trabajo según el cual se hacía responsable de la iniciación de la enfermedad a un tipo determinado, no ácido resistente, de germen denominado bacteria de ataque, que era el que iniciaba la infección y que, en tal fase, era susceptible de ser obstaculizado en su evolución gracias a un supuesto medicamento registrado con el nombre de Hemoantitoxina Ravetllat-Plá. Sayé, que estaba tratando en su dispensario a docenas y docenas de enfermos tuberculosos que habían consumido centenares de frascos de aquel producto sin haber logrado el más pequeño resultado, consideró un deber dirigirse a la «Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña» comunicando el engaño. Pero Plá y Armengol era un contrincante oratorio terrible, que apabulló al bueno de Sayé, a pesar de que éste tenía toda la razón.

Fueron los bacteriólogos del Laboratorio Municipal de Barcelona los que se creyeron obligados, con el

permiso de Turró, a intervenir en la cuestión, apartándola de las filosofías, con supuesta base científica, y acercándola a las más puras técnicas de la investigación científica. Como que, según Ravetllat-Plá, la bacteria de ataque crecía precozmente en la sangre y en los medios de cultivo, era muy fácil inyectar por vía intravenosa, con Bacilo de Koch, un lote de cobayos, tomarles las características, hacer igual con otro lote de controles sin inyectar, y después observarlos, anotando los momentos en que, en unos y otros, aparecerían, o no, las bacterias de ataque. Después de ello los animales inyectados y los controles podían quedar en manos del propio Doctor Plá quien comunicaría, día a día, lo que fuese ocurriendo en los hemocultivos. Los resultados fueron tan heterogéneos que no dejaron lugar a duda respecto a que los hemocultivos positivos se debían a irregularidades técnicas.

Toda la clase médica barcelonesa volcó su atención sobre aquellas experiencias que tan malparados dejaron a los embaucadores y a tan alto nivel, de valentía científica, situaron a Luis Sayé.

Lo señalado es suficiente para considerar que la fama de un hombre no siempre sigue los planos caminos que la verdad científica es natural que le tenga preparados, sino que, a veces, la lucha por lograrla es indispensable. Aquella lucha acercó aún más a Sayé a los recursos de la investigación científica,

convirtiendo sus consideraciones de orden clínico a los colores de la medicina experimental. Fue así como recogió la personalidad de orden internacional que tan brillantemente mantuvo.

El año 1923, Maestro Turró me llamó un día para decirme: «Aquí está el Dr. Luis Sayé que ha traído del Instituto Pasteur de París un tubo de cultivo con BCG desarrollado. Es nuestra oportunidad para realizar las comprobaciones correspondientes a la vacunación BCG. Léete los trabajos de Calmette y de sus colaboradores y programa lo fundamental de esta vacunación antituberculosa, ya iniciada en Francia. Comenzaremos, acaso, lo humano, en el momento conveniente». Así se hizo, los resultados experimentales fueron concordantemente positivos y ello permitió pronto, en 1924, comenzar con la aplicación del BCG en Barcelona, la cual, después de París, fue la primera gran ciudad que utilizó tal recurso profiláctico.

Sayé siguió publicando, trabajo tras trabajo, los resultados de la vacunación del recién nacido en los medios en que uno o más bacilíferos alternaban su vida con niños vacunados y sin vacunar. Convenció a los médicos de que la vacuna BCG era de aplicación fácil y completamente inofensiva, al tiempo que señalaba que la infección tuberculosa natural de aquella época era una lacra epidemiológica combatida con medios absolutamente insuficientes. Los esfuerzos realizados para extender el

uso del BCG fue otra circunstancia que nos aproximó en la vida; a él, promotor de la vacunación, y a mí, responsable de la idoneidad de la Vacuna. Una vez a la semana nos reuníamos, en su casa o en la mía, para comentar todas las vicisitudes propias de aquella vacunación, tanto en los aspectos locales como en los nacionales e internacionales. Todo iba desarrollándose normalmente cuando el año 1930 ocurrió la catástrofe de Lübeck, circunstancia que colapsó la vacunación en todo el mundo. Menos en Barcelona, donde los médicos que habían vacunado a hijos y nietos siguiendo las normas de Sayé y observándolos concienzudamente sabían bien que la vacuna por ellos aplicada no producía aquellas alarmantes alteraciones. Sayé y yo decidimos viajar a Lübeck, inmediatamente, donde se estaba incoando un expediente de responsabilidades. Allí conocimos a todos los que habían intervenido en aquel grave problema. En aquella ciudad encontramos a Calmette quien nos dijo: «He venido a Lübeck para suicidarme si ha sido la vacuna la que ha producido este drama». Pero no había sido la vacuna, sino los bacilos virulentos imprudentemente añadidos a la misma los que habían sido motivo de aquel terrible accidente. Pero ¿en acto de qué naturaleza se produjo aquella mezcla de BCG anodino y bacilos de Koch virulentos? Esta es ya otra cuestión muy diferente. La realidad fue que el BCG no tuvo arte ni parte en aquel su-

ceso. Sayé y yo nos volvimos satisfechos a Barcelona a seguir con nuestra campaña de vacunación.

Para Sayé las preocupaciones sucesivas ya no se refirieron a la primo-vacunación, sino a la reiteración de las revacunaciones. ¿En qué momentos? ¿Con qué método? Sayé multiplica sus aportaciones a este respecto; a la preocupación para que la vacuna estuviera bien conservada; a no confundir el niño vacunado con el que no lo estaba...

Así llegamos, en nuestro conocimiento de aquel hombre magnífico, al año 1936. La tuberculosis estaba iniciando en todo el mundo un ligero descenso, A la profilaxis individual seguía la sistematizada en colectividades más o menos semejantes. La terapéutica de la enfermedad comenzaba a comportarse más activamente. Todo ello fue motivo de aportaciones repetidas que Sayé realizó con el entusiasmo y optimismo puesto en todas sus cosas; con su análisis cuidadoso; con su prudencia ejemplar.

Pero en la calle, alterada por inquietudes de tipo político se trastornaban nuestras preocupaciones de hombres de ciencia. El tono de la discordancia subía día a día. La mayor razón pertenecía, no al más sabio, ni al más enterado, ni al más discreto, sino al más fuerte. La gente luchaba a tiros por la calle y consideraba que era un imbécil quien no llevaba, preparada para disparar, una metrallera. Con todo ello, a la par que aumentaba la viru-

lencia política aumentaban también las incógnitas respecto a las soluciones que aquella situación requería. La mutación, en el buen sentido, surgió en el momento en que las opiniones y las actitudes se resolvieron en una sola pieza, planteándose así: «El que no está conmigo o es un imbécil o está contra mí». Esto significó la plataforma política necesaria para esquematizar los factores de la guerra civil. Un día de aquel duro estío del año 1936, acabábamos de comer en casa de Sayé cuando llamó a su puerta un miliciano, vestido con todos los elementos de una guerra activa. Buscaba a Sayé para decirle lo siguiente: «Soy el marido de María Dolores, la enferma que usted ha visitado esta mañana y sobre la cual ha comunicado a la familia que padecía una tuberculosis muy grave de la que seguramente no curaría. Pues bien, vengo a decirle que usted se ha equivocado. ¡Que esto era antes! Que ahora usted responde con su vida de la de la enferma y que si ella muere yo vendré a matarle a usted. ¡Ya ve si las cosas son diferentes!» Y sin más palabras dio media vuelta y con todo su atuendo guerrillero salió de aquella casa...

La justicia médica interpretada con razonamientos tan primitivos; el principio político de que el que no está con nosotros está contra nosotros, nos decidió al abandono del país. Sayé pudo hacerlo, con mi ayuda, a la siguiente semana y salió hacia París, en donde desde el «Servi-

cio de la Tuberculosis» del «Instituto Pasteur» pudo estudiar la evolución epidemiológica de los primeros y más antiguos vacunados con BCG. Después de unos meses, marchó a Buenos Aires y Montevideo, en cuya ciudad creó el primer «Servicio de examen de una colectividad, considerada bajo el aspecto de las eventualidades ligadas a la tuberculosis», estudio y organización que mereció una magnífica publicación que dio a conocer a Sayé en todos los países de América Latina.

Yo salía de Barcelona unas semanas más tarde en dirección a Estados Unidos para donde, en principio, tenía concedida una beca para realizar estudios sanitarios. Pero el viaje se interrumpió en Cuba, al haber suprimido los Estados Unidos las becas para los españoles. Seguimos escribiéndonos largas cartas comentando nuestras respectivas vicisitudes. O viéndonos en las reuniones periódicas de la ULAST (Unión Latino Americana de Sociedades de Tuberculosis). O en los viajes que hacíamos a los distintos países para dar cursos o conferencias de nuestras respectivas especialidades... Pronto volvimos a coincidir en los temas ligados a la vacunación BCG.

Sayé estaba haciendo el estudio de la reacción nodular propia de la aplicación intradérmica de la vacuna BCG en los sujetos ya infectados o anteriormente vacunados y en los individuos vírgenes de toda forma de impregnación bacilar.

Lo que Sayé vio y estudió sobre

aquellos nódulos era la base de la resistencia o sensibilidad tisular frente a la invasión bacilar. Cómo el organismo reaccionaba, en tiempo, intensidad y capacidad de regeneración, frente al BCG, en aquellos nódulos, era como lo hacía con el germen virulento. Allí estaba la base de la infección y de la reinfección en la tuberculosis. Tan finamente captó y explicó toda la importancia del hecho anatómo-patológico que éste se denominó *fenómeno de Luis Sayé*. Pues aquella observación tan bien desentrañada permitió comprender la vacunación BCG como un hecho de hiperfijación, hipermetabolismo y desvitalización bacilar por los tejidos correspondientes al sistema retículo endotelial, gran integrador de la defensa inmunitaria. Gracias a la vacunación BCG, el secreto de la gravedad de la primo infección tuberculosa, con sus secuelas de difusión septicémica, granulias, meningitis y pleuresías, quedaba bien aclarado.

Su llegada a los diferentes países de América Latina llevó a América su angustia de saber, su afán por mostrar en sus raíces los problemas ligados a la tuberculosis. Dando conferencias, organizando cursos o asistiendo a los congresos nacionales o internacionales de todos aquellos países, Sayé popularizó su saber, conquistando respetos y admiraciones. Pero se radicó en Buenos Aires. Desde allí, todas las semanas, él y su esposa, cogían el vapor que en una noche de viaje, a través del Río de

la Plata, los llevaba a Montevideo, desde donde, después de uno o dos días de intensa labor, volvían a Buenos Aires; allí, a la vez, tenía una consulta particular, extraordinariamente nutrida y hacía de consultor de enfermedades del tórax en un importante hospital universitario. Tan intenso trabajo significó para él la adquisición de una sólida posición económica, y con esta tranquilidad, el acrecentamiento de sus deseos por volver a Barcelona. A su juventud. A su Universidad. A trabajar por lo que, en sus raíces, era más suyo.

Hicieron, él y su esposa, un viaje de prueba a Barcelona. Una visita, proyectada como de *desañoranza*, pero que, en realidad, no cumplió su cometido, sino todo lo contrario. Muchas voces se le acercaron para decirle: «Usted nos hace falta». Esto era verdad. Pero la consecuencia natural que era esta: «Y queremos que vuelva», ya no lo era tanto. Las heridas espirituales que la guerra civil había dejado, estaban aún demasiado frescas. Les gustó la visita tanto como el despido. Y Sayé no se dio cuenta.

Vuelto a Buenos Aires, su espíritu era ya el del hombre que se sentía extranjero. Le invadía la idea de liquidación, de descanso para volver a su casita de la Playa de Aro frente al materno Mediterráneo... Después de todo, ¿por qué no había de poder hacer en su país, ya tranquilizado, una vida semejante a la que hacía en América? Alternar su trabajo con su reposo tranquilo... Después de

todo, no estaba su edad muy alejada ya de los setenta años. ¡Podría escribir su libro soñado, en el cual se reflejara toda la fisiología de su época...!

Entre tales sueños, nostalgias, liquidaciones y proyectos, surgió en la República Argentina un gobernante con ideas, que se llamó Juan Domingo Perón. ¡Un salvador! ¡Dios nos libre de ellos! Los países se salvan ellos solos cuando caminan a su paso; sin angustias y sin ambiciones excesivas. Dando tiempo a la serena iniciación y a la necesaria maduración de sus realidades. ¡Cuando son felices sin saberlo! Con Perón, y con la decisión firme de volver a España, vino el caos económico. El valor del dinero bajó verticalmente... Y el día en que un barco los recogió para volver a Barcelona, Sayé ya no era un hombre rico, sino, simplemente, un hombre que, sin grandes agobios, podía hacer aquel traslado. Vivieron en su casita de Playa de Aro y comprendieron que necesitaba importantes obras si había de tolerar largas estancias. Montaron en Barcelona una residencia-consultorio en la calle de Mariano Cubí, situada en el barrio alto de la ciudad. Hicieron todo lo que habían pensado hacer, pero, salvo alguna pequeña inversión, fueron agotando su capital.

Sayé tenía la ilusión de dar vida, en la Facultad de Medicina de Barcelona, al «Dispensario Universitario» para que fuera centro del control sanitario de la colectividad estudiantil. Pero ya otros problemas

# tétanos !



CON JERINGA Y AGUJA ESTERILES

## **GAMMA GLOBULINA HUBBER ANTITETANICA**

DOSIS PROFILACTICA DE SEGURIDAD EN NIÑOS Y ADULTOS

(Véase mayor información al dorso)

# GAMMA GLOBULINA HUBBER ANTITETANICA

## Anticuerpos específicos homólogos

### PRESENTACION Y FORMULA

Frasco con tapón de goma perforable, conteniendo globulina gamma humana equivalente a 500 U.I. de antitoxina tetánica. Adjunto una ampolla de disolvente especial. Se acompaña jeringuilla y aguja, estériles, para su aplicación, de un solo uso. P.V.P. 491,10 Ptas.

### DOSIFICACION

**Profilaxis:** El contenido de un frasco, 500 U.I., por vía intramuscular profunda en una sola inyección tanto en adultos como en niños. No existiendo problemas de dosificación estas dosis pueden ser aumentadas o reiteradas si se estima que hay grave peligro de contaminación o un tiempo de incubación muy prolongado.

**Tratamiento:** De 6.000 a 8.000 U.I., por vía intramuscular, dosis que pueden aumentarse o reiterarse según la gravedad del caso y siempre a juicio facultativo.

### ADMINISTRACION

La vía de administración debe ser sólo la intramuscular profunda, debiendo cerciorarse de que la aguja no se encuentre en la luz de un vaso sanguíneo, aspirando ligeramente mediante el émbolo de la jeringa.

### INDICACIONES

La inmunidad proporcionada por GAMMA GLOBULINA HUBBER ANTITETANICA se mantiene a niveles óptimos alrededor de 30 días, confiriendo una eficaz protección a los pacientes que presentan heridas o traumatismos con riesgo de contaminación.

Si se estima conveniente puede simultanearse su administración con anatoxina al objeto de conseguir una inmunidad activa que complemente a la pasiva proporcionada por la gamma globulina, debe en estos casos efectuarse la administración de la vacuna con distinta jeringuilla y en lugar alejado del que se ha practicado la inyección de gamma globulina.

En el tratamiento de la infección declarada, esta globulina gamma específica se ha mostrado altamente eficaz unida a las medidas terapéuticas clásicas, limpieza quirúrgica del foco, sedación, antibióticos, etc.

### CONTRAINDICACIONES

No existen contraindicaciones.

### EFFECTOS SECUNDARIOS

La administración del preparado puede dar lugar en raras ocasiones a un cierto dolor local, en función de la sensibilidad del paciente, que cede espontáneamente en poco tiempo. Una ligera y leve reacción febril puede, asimismo, presentarse en casos esporádicos consecuentemente a la aplicación de esta fracción plasmática, sin que alcance más trascendencia ni obligue a tratamiento alguno.

El método de fraccionamiento empleado para la obtención de esta especialidad, así como las garantías y controles analíticos a que se somete a los donadores, eliminan totalmente el riesgo de transmisión de enfermedades víricas.

### INCOMPATIBILIDADES

No existen incompatibilidades conocidas a la terapéutica con globulina gamma.

### LABORATORIOS HUBBER, S. A.

Fábrica y Laboratorio de Productos Biológicos y Farmacéuticos  
Berlín, 38-48 - Tel. \*321 72 00 - Barcelona-15 (España)

comenzaban a preocupar más que el de la tuberculosis... Tampoco en su consultorio privado estaba viendo los enfermos que había creído... Pasaban las semanas sin que un compañero le llamara en consulta. Daba largas caminatas desde su casa a la Facultad de Medicina, pero la indisciplina o descuido estudiantil mantenían aquel centro muy poco animado, aumentando así su estado de ansiedad. Aquellos 70 años cumplidos el año 1958 comenzaban a pesarle. El grito dramático era: ¿Qué hacer?... Golpe fatal, para sus últimas ilusiones, fue que el Decano de la Facultad de Medicina le comunicara, en una oportunidad, que sus servicios ya no eran necesarios. Como que, en realidad, no cobraba una asignación ni tenía un cargo oficial, no podían hallar una fórmula para dar por terminados sus servicios, y un día le suprimieron la corriente eléctrica y otro día a la enfermera que tenía asignada, la cual compareció para decirle, por orden del Decano, que el servicio de examen correspondiente a aquella colectividad había terminado y que por tanto él podía retirar del local sus pertenencias personales y entregarle la llave.

Aquel día Sayé llegó enfermo a su casa, descompuesto y sin saber qué cosa hacer; y unos días después, a las dos de la madrugada me llamó telefónicamente para decirme, en un tono descompuesto, que Mirka, su esposa, estaba en el Tibidabo a donde había ido, enloquecida, y se negaba a volver a su casa. Todo aque-

llo era tan raro que le rogué que colgara su teléfono para hablarle desde el mío y concretamente a su casa. Fue Luis quien se puso, otra vez, al habla conmigo; intenté convencerle que no estaba en el Tibidabo sino en su casa. Que lo que le ocurría era seguramente que estaba perturbado por algún sueño que había tenido. Que de todos modos iba a verle. Así lo hice, acompañado del Dr. Rodríguez Arias. A partir de aquel momento Sayé inició una crisis de pérdida de la conciencia de la que ya no se recuperó. Su esposa se convirtió en una diligente enfermera de todos sus minutos. Entonces me enteré de que sus reservas económicas se habían terminado; que la casa y finca de Playa de Aro ya había sido vendida; que la situación económica de aquella familia se había desmoronado. Fue preciso buscar para Sayé un plazamiento en un hospital y enfermeras que lo atendieran durante las cortas horas que su esposa necesitaba para descansar, pues no quiso abandonar, el resto del día, ni un instante de servicio a su lado. Así comenzó una difícil y larga etapa que duró casi ocho años. Así, con lentitud terrible, fue fundiéndose dentro de sí mismo... Un día dejó de conocer a los que lo visitaban; unos meses después a sus amigos; últimamente a su esposa. Poco a poco transformó su conciencia en un elemental rosario de reflejos condicionados.

Sin voluntad para moverse ni para pedir alimento o exponer sus nece-

sidades más elementales, en la segunda quincena de junio de 1975 tuvo un accidente infectivo broncopulmonar y en el cuarto de la Sala de Santo Tomás del Hospital de San Pablo murió el día 27 de junio, víctima de esta afección, siendo trasladado al Servicio Municipal de Pompas Fúnebres.

A pesar de que en los periódicos se comunicó su muerte, sólo un número muy reducido de personas estuvo a acompañarle. En la madrugada que siguió al día de su muerte, estábamos haciéndole compañía mi esposa y yo. Ningún familiar, ninguno de sus otros amigos, ningún representante oficial de la ciudad a la que había honrado, o de la región, a la que había servido con tanta oportunidad, profundidad y eficiencia, ni tampoco del Gobierno del país, al que había dado fama científica internacional... Ni su pobre esposa, ya afecta de su misma enfermedad, estaba allí. Cuando entró un funcionario de aquella dependencia funeraria para pedirnos a nosotros, como únicos presentes, permiso para soldar la caja. «¡Un momento!»,

le dijimos. Y Gloria, mi esposa, suscitó estas palabras: «Alguien de esta humanidad que él tanto ha querido y por la que tanto ha trabajado, le ha de dar, en representación de todos, un beso de agradecida despedida», y acercándose a la caja abierta iluminó la frente de Sayé con un beso.

A continuación, el soplete de aquel empleado soldó los bordes del ataúd, cumpliendo así el principio de aislarlo de la restante humanidad. Más tarde fue apareciendo más gente; familiares que estaban más en contacto con él; otros que desde Mollet acompañaron a la esposa que, semi privada de la razón, quería verlo. ¡Los amigos de siempre! Armonía de sensibilidades que desde el comienzo de su dolencia comprendieron la inmensa tragedia que aquella situación significaba<sup>1</sup>. A la hora del sepelio, nos reunimos unas docenas de personas con algunas de las cuales llegamos hasta el nicho núm. 13.525 del Cementerio del Sudoeste, donde su cuerpo recibió emocionada sepultura. ¡Que el Cielo lo guarde en su Gloria!

1. Desde el comienzo de su enfermedad no pocas personas fueron sensibles a los problemas de distinto orden que aquella situación significaba. Y nos apresuramos, cada uno en la forma que mejor pudo, en agruparnos para lograr una más eficiente acción. Tan larga duración tuvo la dolencia de nuestro buen Sayé que, algunos, perdieron su vida antes de que pudieran completar esta ayuda. Me refiero a los Dres. Agustín Pedro Pons, Carlos Soler Dopff, Víctor Conill, Santiago Dexeus y Antonio Trias Pujol. Fue de inestimable valor la ayuda realizada, desde el primer momento, hasta el final, por el Dr. Francisco Vilardell y familia, conjuntamente con la de la Muy Ilustre Junta del Hospital de San Pablo. La del Dr. Belarmino Rodríguez Arias que aplicó a su asistencia todo su saber y diligencia médica y todos los recursos humanos de orden personal para lograr la normalización administrativa que el bueno de Sayé no había conseguido o no había intentado nunca. A los compañeros de Academia Dres. Broggi Vallés, Pi i Figueras, Gómez Gómez y Alfredo Rocha. A los que, sintiéndose amigos, quisieron llegar directamente a su esposa en los momentos más difíciles, Dres. José Cornudella, Caja de Crédito y Ahorro de la Agrupación de Colegios de Médicos, Antonio López Llausás, Antonio Puigvert, Eduardo Huergo, Javier Serra Massana y otros. Ultimamente, a los que con gran firmeza han constituido el grupo que durante ocho años han mantenido el servicio de enfermeras, progresivamente más difícil y numeroso, aportando cantidades fijas administradas por Gloria Jaime. Han sido los Dres. Francisco Argemí, Raúl Roviralta, Francisco y José María Pi y Sunyer, José Oriol Anguera, María Roig Rodríguez, María y Josefina Maciá, Antonio Esteve, Laboratorios Antibióticos S. A. y LASA... Todos, recíprocamente, hemos de otorgarnos agradecimiento por la contribución efectuada para disminuir, en lo posible, la injusticia de una gran tragedia.